

POR QUÉ ES DIFÍCIL LOGRAR LA PAZ EN COLOMBIA

(CONFERENCIA DICTADA POR EL DR. EDUARDO DURÁN COUSIN, EL 9 DE NOVIEMBRE DE 2016, EN EL PARANINFO CHE GUEVARA DE LA FACULTAD DE JURISPRUDENCIA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR)

Ni el conflicto armado colombiano, ni el proceso de paz, menos aún las expectativas de una pacificación de Colombia pueden observarse como fenómenos exclusivamente contemporáneos, del pasado inmediato. No, porque tanto el conflicto armado tiene complejidades de larga data, como el proceso de paz debe atender, si se le pretende exitoso, a resolver problemas formados en la sociedad colombiana y en el Estado colombiano no en las últimas décadas, sino, en los últimos siglos, porque allí está la raíz del problema.

Decía con desesperación el conocido escritor Fernando Vallejo, aquel de La Virgen de los Sicarios, respecto a la violencia que históricamente vive Colombia, no solo la violencia política, sino también la delincuencia, la del narcotráfico e incluso la violencia privada, que acaban teniendo una importante relación. Muy suelto de lengua: *“Colombia es un desastre sin remedio. Máteme a todos los de las FARC, a los paramilitares, los curas, los narcos y los políticos, y el mal sigue: quedan los colombianos.”*

Con ello debemos entender que estamos frente a un problema de naturaleza no solo política y social, sino geográfica y antropológica, que aquí

procuraremos de alguna manera dilucidar para acercarnos a una conclusión objetiva.

La magnitud extraordinaria que significan, en 52 años, desde 1964 en que se iniciara el actual conflicto armado: 250 mil muertos, casi 8.2 millones de víctimas, de ellos 6 millones de desplazados y más de 33 mil secuestrados y el dato fundamental de que la violencia en Colombia ha venido sucediéndose desde el inicio de la República en 1810, nos exige contemplar efectivamente en su dramática historia, no solo las causas del conflicto y los elementos que le dieron continuidad, sino sus más acusadas características, baste recordarles que en la sucesión de violencias que anteceden al actual conflicto armado, por ejemplo la tradición de formar guerrillas en Colombia se inicia en las guerras de Independencia hace 200 años y que las guerrillas han estado presentes en la totalidad de las 8 guerras civiles que asolaron el país en el siglo XIX; y, que por otra parte la costumbre de secuestrar por motivos políticos viene desde las guerras entre liberales y conservadores de la década de los setenta del siglo XIX.

“El presente es la viviente suma total del pasado”, decía el escritor británico Thomas Carlyle y nosotros debemos partir de esa consideración para leer el fenómeno de la violencia en Colombia.

Así, entrando en el tema, la violencia y específicamente la violencia política es una de esas constantes históricas que la veremos en el devenir desde el inicio de la República en 1810, muchas veces reconvertida pero casi siempre presente; es que como veremos aquí, Colombia tiende a reconvertir la violencia en el devenir de su historia. 8 guerras civiles en el XIX entre liberales

y conservadores, que conllevó más de cien mil muertos, en un país de 1 y medio a 4 millones de habitantes; violencia fratricida a mitad del siglo XX, empujada por las élites políticas liberales y conservadoras, que costó la vida a 170 mil campesinos en un país de 14 millones de habitantes y el conflicto armado actual desatado a mediados de los sesenta y agravado por el narcotráfico desde la década de los ochenta, con el saldo anotado de casi 250 mil muertos. Es decir, hay una violencia política, como constante histórica que se reconvierte y muta en el tiempo. ¿Por qué es esto? Hay razones puntuales:

EL PRECEDENTE HISTÓRICO DEL CONFLICTO ACTUAL.

Varios factores han aunado a la continuidad de la violencia política en el territorio colombiano, desde aquella primera guerra intestina desatada pocas semanas después de que las ciudades neogranadinas se declararan independientes de España, a raíz del 20 de julio de 1810, y por ende para que en el siglo XX, se genere el conflicto actual.

Estos factores son, el primero, la existencia de un enorme territorio de más de un millón de kilómetros cuadrados de muy difícil geografía, que determinó desde la Colonia la formación de un país de muchas regiones con muy precaria conexión entre ellas. Baste recordar que el Perú y México fueron colonizados cada uno por un solo conquistador, Hernán Cortés y Francisco Pizarro respectivamente, mientras los españoles para someter a Colombia necesitaron de cinco conquistadores, incluido Sebastián de Belalcázar que fundó Popayán y Cali. Esa enorme y difícil geografía será determinante para la generación de un Estado desde la Colonia insuficiente, de un Estado débil

que nunca se dará abasto en el territorio. Y como parte de esa debilidad, durante la República, la inexistencia de un monopolio legítimo de la fuerza por parte del Estado. Y es la debilidad del Estado y la carencia por parte de este del monopolio de la fuerza, el telón de fondo de la repetida violencia política colombiana desde el siglo XIX, cuando con la Independencia la cuestión del poder pasó a ser discutida entre las élites y los grupos políticos colombianos. La pobreza del país, porque hay que recordar que Colombia fue un país sumamente pobre hasta el advenimiento de la era cafetera en la década de los treinta de este siglo, mantuvo esa debilidad durante todo el siglo XIX, mientras la escasa cultura tributaria, la alta evasión de impuestos en el XX coadyuvó a que el Estado esté carente de recursos para la gestión pública, hasta la década de los noventa del siglo pasado.

Segundo, al carecer el país de un Estado que modere las diferencias desatadas se desarrolló una cultura de resolución violenta de los conflictos políticos. En efecto, al no hacer el Estado neogranadino, como hasta más allá de mediados de siglo XIX, se llamó Colombia, presencia efectiva en el difícil territorio y carecer del monopolio de la fuerza, las élites políticas, sin un gobierno que les modere y un ejército nacional que les impida, pasaron a dilucidar el problema del poder en la desnudez de la guerra. Así casi cada disyuntiva de las clases dominantes sobre las relaciones de poder y la organización del Estado fueron abordadas por la vía de la guerra civil. Se incorporó así, desde los primeros años de la República la cultura política y la tendencia –incluso a nivel del pueblo llano– de afrontar con violencia las diferencias.

La guerra –con ocho conflictos armados nacionales y decenas de estallidos de violencia locales en el siglo XIX–, se convirtió en un mecanismo institucional de repartición del poder.

El concepto de Clausewitz de la guerra como realización de la política por otros medios, pasó a tener en Colombia un sentido rutinario. La guerra, anota Gonzalo Sánchez, no fue considerada “como una perversión de la política sino como un instrumento más eficaz”.¹

Tenemos entonces, hasta ahora la debilidad del Estado, junto al desarrollo de una cultura política de dilucidación violenta de las diferencias. A ello se une, dentro de la formación de causas que acabaron llevando a los conflictos armados, entre ellos el actual un afán de ejercicio excluyente nada democrático del poder de parte de las élites, el cual viene desde la Colonia, en que se forma una clase terrateniente hegemónica con afanes exclusivistas y que se refuerza en el sectarismo al que llegan las élites liberales y conservadoras en medio de las terribles guerras del XIX. En su sectarismo, desarrollado bajo la dinámica de las guerras, de la violencia y del porfiado respaldo de una Iglesia Católica decimonónica renuente a aceptar la modernidad liberal; la cúpula de los dos partidos, lejos de desarrollar una cultura política participativa y democrática, practicaría una lógica bipartidista de exclusión mutua del poder, la cual en su desatino se convirtió en una causa adicional para la reproducción de la confrontación violenta en el país.

¹ Gonzalo Sánchez, *GUERRA Y POLÍTICA EN LA SOCIEDAD COLOMBIANA*, p. 24.

Ahora, avanzando en el tiempo, ya en el siglo XX, tras la llamada Guerra de los Mil Días –terrible enfrentamiento en el que morirían casi cien mil colombianos, en un país de 4 millones de habitantes, y en la que tendría participación el gobierno del general Eloy Alfaro, quien respaldó a los insurrectos liberales contra el gobierno conservador de Bogotá–, decimos tras esta guerra, las guerras civiles propias del siglo XIX, se agotaron como mecanismos de dilucidación de las controversias y este agotamiento se produjo por la dolorosa pérdida de Panamá, hasta 1903 parte de Colombia, su pérdida llevó al temor que, en Colombia, país de regiones, y en este hago énfasis, otros departamentos optasen por la separación, así se abrió el camino para que el gobierno del conservador moderado Rafael Reyes optase por desarrollar cierto monopolio de la fuerza por parte del Estado y modernizase el ejército con soporte chileno, lo cual volvió inviable en el nuevo siglo la repetición de las guerras civiles del XIX.

Sin embargo, nada se pudo hacer contra el sectarismo desarrollado que separaba a liberales de los conservadores y que con la modernización y la ampliación del Estado al acercarse la mitad del siglo XX, abriría el espacio, a un Estado clientelar, que con miles de servidores públicos incluidos en las nuevas dependencias de acuerdo al interés del gobierno de turno, reprodujo no solo la presencia excluyente de liberales o conservadores en el ejercicio del poder, sino que, al unirse con el interés de administrar las nacientes instituciones del Estado, pero sobre todo sus finanzas, se potenció la pugnacidad de estos partidos para conservar o captar el poder, mientras incluían cada vez que tenían el poder en las manos a sus partidarios en la

nómina del Estado. Allí la causa directa de una nueva etapa de confrontación, la denominada Violencia que va de 1947 –un año antes del sacrificio de Jorge Eliecer Gaitán– a 1962 y que se llevaría la vida de cerca de 200 mil campesinos, instigados criminalmente a enfrentarse por las élites de los dos partidos, hasta que al desarrollarse una fuerte guerrilla principalmente liberal, pero también comunista, que llegó a tener 20 mil hombres en armas y plantearse las primeras nociones para una revolución social en el campo, la oligarquía temer una revolución social y a cuenta de ello pactar, en 1958, entre los dos partidos políticos una repartición alternada del poder, en lo que se denominó Frente Nacional y que llevó a que hasta 1984 se turnen por norma constitucional en el poder presidentes liberales y conservadores, manteniendo los dos partidos las canongías del poder para su beneficio y el clientelismo como mecanismo de reproducción; así como el carácter excluyente de cualquier otra formación política. Decimos, *el carácter excluyente de cualquier otra formación política, que no sea el Partido Conservador o el Liberal*, aquí tenemos otra causa importante del conflicto actual que pronto surgiría, a mediados de los sesenta.

Y así, como ocurrió con el siglo XIX, al generarse una cultura política de violencia, dice el colombianólogo francés Pécaut, *“las violencias de 1950 contribuyeron poderosamente a que las relaciones sociales y políticas se continúen descifrando en Colombia en términos de violencia en el nuevo periodo.*

Y en efecto, la guerrilla actual nacería en el caldo de cultivo de La Violencia de los cincuenta, allí tendría su escuela formadora, una escuela que sin

embargo llevó a que bajo las nuevas condiciones, la violencia se transformase, solo se transformase, porque recordamos aquí que Colombia al sostener las características inmutables, que venimos anotando, es una sociedad que transforma sus violencias en el tiempo, reconvierte su violencia. Algunos líderes guerrilleros del periodo de La Violencia de los cincuenta asumirían el liderazgo de la nuevas guerrillas, entre ellos, Manuel Marulanda Vélez, el legendario Tirofijo, un campesino del Tolima, que pronto se volvería comunista y que cuando el conflicto liberal conservador continuó, no depuso las armas y más bien, consciente de la terrible injusticia que vivían los campesinos en Colombia prosiguió armado, incluso después de que los militares bombardearan sus posiciones en Marquetalia, en 1964.

Así, bajo el amparo de la biografía de Manuel Marulanda y las razones del por qué este prosiguió la lucha, tenemos el otro factor que nos faltaba para nuestro cuadro de precedentes del conflicto actual, la terrible e histórica condición de inequidad del campo colombiano, que en esos años marcaban un índice Gini de inequidad del 0.75, cuando la inequidad total es uno, ahora lo terrible de todo es que, al momento presente, 2016, esta inequidad ha empeorado, hasta alcanzar un índice de 0.88.

Precedentes para semejante injusticia, la vastedad del territorio colombiano de un millón de kilómetros cuadrados llevó desde la Colonia y durante toda la República a un proceso inacabable de colonización del enorme territorio, seguida de la intervención insensible de los terratenientes, quienes tomaban las zonas ocupadas por los indígenas y por los colonos, tanto en procura de

mejores tierras, como para convertirlos en mano de obra para sus haciendas. Esto dio lugar a los más grandes conflictos sociales en el campo, que serían precedente tanto de las luchas de la llamada Violencia como de la insurgencia guerrillera a partir de 1964. En este proceso de acumulación y sin que se realizase nunca una reforma agraria efectiva, pese a los intentos de 1936 y 1961, se formó un campo colombiano profundamente inequitativo, lo que en los sesenta motivó la protesta política desde la izquierda y abriría paso a la formación de la guerrilla, precisamente en el campo; guerrilla orientada a luchar en primer lugar contra esta inequidad y contra una oligarquía que a medida que consolidó su poder económico, social y político de esta forma, se convirtió en una de las más insensibles de América Latina. La oligarquía colombiana no se asemeja a las élites plutocráticas ecuatorianas. Ésta predomina sobre los tejidos de la sociedad, sobre los dos partidos políticos y sobre todo sobre el Estado, incluso, caso único en el mundo, sometió a este a sus designios económicos por largos periodos.

SE INICIA LA GUERRILLA CONTEMPORÁNEA.

Entonces bajo los cinco elementos formados en el tiempo que hemos anotado surgirá la guerrilla contemporánea y en la década de los sesenta, con la certeza de los políticos generalmente jóvenes identificados con el marxismo leninismo, que no tendrían oportunidad de intentar un cambio bajo las condiciones no participativas del régimen político colombiano; bajo el efecto demostración que les procuraba la Revolución guerrillera comunista

trionfante en Cuba, llevó a que estos líderes intentasen la formación de una serie de grupos subversivos a partir de 1964.

Fueron creados el ELN y las autodefensas campesinas comunistas comandadas por Manuel Marulanda Vélez se convirtieron en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, las FARC, bajo la asesoría del Partido Comunista de orientación moscovita, que hizo suyo el concepto de la llamada *“combinación de todas las formas de lucha”* y destacó a uno de sus cuadros más importantes, Jacobo Arenas, quien con el intuitivo Manuel Marulanda haría un dúo descollante por su inteligencia, en la conducción de las FARC. Tirofijo como comandante y Arenas como estratega.

Luego vinieron el EPL, el Ejército Popular de Liberación, de tendencia maoísta y en 1970, a raíz del cuasi fraude cometido por los políticos del Frente Nacional para impedir que el populista y antiguo dictador, el único que tuvo Colombia en el siglo XX, Gustavo Rojas Pinilla, gane las elecciones y asuma el poder, surgió, en rebelión ante lo que consideraban un fraude, el M19, Movimiento 19 de abril, que no era en estricto sentido una guerrilla marxista ni campesina, sino más bien una insurgencia ciudadana inspirada en los tupamaros y montoneras argentinas, la cual propulsó mediante acciones efectistas en las ciudades, la lucha por una democratización del sistema político que dé acceso a otras alternativas políticas.

El ELN, por su parte, el primer movimiento surgido, se conformó a partir de universitarios formados en Cuba bajo el liderazgo de Fabio Vásquez, quien era partidario de las tesis del foquismo revolucionario, impulsado por aquel entonces por Ernesto Che Guevara y que establecía, sin haber hecho un

análisis detenido de las razones del triunfo revolucionario en Cuba, que era posible mover a las capas pobres de la sociedad a una revolución, solo a partir de una fuerza guerrillera bien pertrechada ideológicamente, tesis abrazada sin éxito por las clásicas guerrillas latinoamericanas en los sesenta.

El ELN atacó en 1965 el pueblito de Simacota, departamento de Santander, departamento en el que hasta ahora tiene una importante incidencia, luego recibió en sus filas a religiosos inspirados en la izquierda cristiana, entre ellos Camilo Torres y Miguel Pérez, el llamado Cura Pérez, parte del llamado Grupo de Golconda, en esto se ha pretendido ver una trascendencia cristiana importante en sus filas, pero nunca debemos olvidar que su origen estuvo en el grupo de Fabio Vásquez, formado en Cuba. En 1969 el ELN adoptó el secuestro como mecanismo financiero y lo sostiene hasta hoy.

Las acciones de los grupos guerrilleros, inicialmente modestas se fueron ampliando con golpes sorpresivos al ejército colombiano, que carente de una política permanente de seguridad, hasta el primer mandato de Álvaro Uribe Vélez en 2002, confundió las profundas raíces sociales del conflicto con una conspiración del comunismo internacional en medio de la guerra fría. Solo bajo la política individual del gobierno de turno las fuerzas militares colombianas reaccionarían frente al desafío guerrillero. Pese a todo, en esos años, lograron reaccionar y golpearon fuertemente tanto al ELN, en Anorí, en 1967 y al EPL en el Alto Sinú en 1968; en tanto las FARC fueron dramáticamente golpeadas en el Quindío. Marulanda reconocería que el ejército casi liquida toda su fuerza, que tardaría mucho en recuperarse.

Con un crecimiento lento, recién en 1977 las FARC sobrepasaron los mil hombres mientras mantenían actividad en 6 departamentos. Hablando sobre las FARC, estas nacieron y crecieron como un movimiento guerrillero fundamentalmente agrario, supeditado inicialmente organizativa e ideológicamente, al más bien urbano Partido Comunista Colombiano (PCC) del cual recibieron órdenes y orientaciones solo los primeros años.

Si bien nacieron en el campo, la idea de confinar a las FARC exclusivamente a las áreas rurales provino de los mandos del Partido Comunista, del cual los rebeldes comenzaron a discrepar y, relativamente pronto, al aparecer el M-19 en los setentas y desarrollarse en las grandes ciudades, se inició su separación definitiva del Partido Comunista.

El M19, nacido en los setentas bajo la conducción de jóvenes miembros de la pequeña burguesía, que tenían más la apariencia de gentlemen que de luchadores sociales, después de grandes golpes de efecto, como asaltar la más grande armería del Ejército en Bogotá, cavando un enorme túnel, atrajo por este mismo efecto, contra sí la reacción militar, que en forma cruenta, en el régimen de Turbay Ayala, a partir de 1978, atacó sus estructuras y manejó una política represiva cruel que le llevó a su casi extinción a inicios de los ochenta.

En esas condiciones, las debilitadas guerrillas colombianas eran en Latinoamérica, en la década de los setenta, junto a las de Guatemala, las únicas activas a estas alturas de las surgidas al calor de la Revolución Cubana. Precisamente fue la continuidad de factores que precipitaron el surgimiento de las guerrilla colombiana, los que la seguían sosteniendo.

En medio de la debilidad de la guerrilla, debida tanto a los golpes del ejército como a una permanente dificultad de movilizar reclutas en el campo donde estaba latente el recuerdo de la violencia de los 50, en 1979, triunfa la Revolución Sandinista en Nicaragua y avanza la guerrilla en El Salvador. En Colombia con esto las guerrillas reciben un nuevo aire y asumen la decisión de reorganizarse y fortalecerse.

Para esto, en 1982, la política represiva de Turbay cede el paso a las propuestas de negociaciones de paz del presidente conservador Belisario Betancur. Allí las FARC empeñadas en reorganizarse y fortalecerse aceptan entrar en diálogos de paz con el gobierno, pero solo con el ánimo de aprovechar la necesaria tregua para fortalecerse; mientras el M19 dubitó en iniciar un proceso, lo aceptó a medias y después lo rompió, iniciando una escalada de violencia fatal en muchas ciudades colombianas. En tanto el ELN, marxista más ideológico rechazó los diálogos.

Los ochenta fueron un parte aguas, el M19, renuente a los diálogos de paz, dentro de una escalada de violencia abrumadora tomó el Palacio de Justicia en 1986. Del desastre moral, militar y político a que le condujo la toma del Palacio, que se consumó con más de un centenar de muertos este movimiento no se recuperaría nunca, ello le condujo a aceptar una negociación de paz en serio ya en el gobierno de Virgilio Barco, que fue tan efectiva como productiva al coincidir la evolución política colombiana con uno de sus pedidos, la democratización del sistema político colombiano, que se lograría, aunque solo parcialmente, con la expedición de la Constitución de 1991, en la cual representantes del desarmado M19, ahora llamado

Alianza Democrática M19, elegidos democráticamente en las urnas, entre ellos Antonio Navarro Wolf, formarían parte de la Asamblea Constituyente.

Volviendo a las FARC y aquí entramos en la perspectiva que nos llevará al presente, estas desde inicios de 1982, habían iniciado un proceso reorganizativo, con el cual, pretendían la consolidación de una organización fuerte, con una finalidad estratégica definida. Adoptaron como fundamento doctrinario la estrategia de la guerrilla china de Mao Tse-tung de *guerra popular prolongada* y se plantearon la necesidad de trabajar sobre planes formulados a largo plazo, a través de los cuales se pretendía establecer una estrategia militar orientada hacia la toma del poder. Las FARC preveían dentro de su estrategia, la creación de un ejército revolucionario dotado de un plan militar inmediato que consistía en la ubicación de doce frentes guerrilleros en la cordillera oriental y la acumulación en todo el país de cuarenta y ocho frentes con una fuerza militar que debería alcanzar los veintiocho mil hombres. Se trataba de copar la integridad del enorme territorio colombiano, mientras utilizando la táctica guerrillera del golpea y corre, provocaban que el ejército quedara esclavo del espacio al tratar de controlar la vastedad de esa geografía. En estas condiciones les llegó a las FARC la propuesta de negociaciones de paz del Presidente Betancurt, optaron por las dos variantes, negociar mientras se fortalecían. Esto tuvo un costo grave en la imagen de las FARC en el conjunto de la sociedad colombiana.

Ahora, para financiar semejante expansión las FARC adoptaron el secuestro y se apercibieron de las ventajas económicas del narcotráfico que comenzaba a

desarrollarse en Colombia, acabando por convertir a este en su principal recurso financiero, potenciándose a su vez, gracias a estos ingentes recursos, su fuerza militar –hombres y potencia de fuego– hasta límites nunca vistos.

Fundamentalmente gracias a los ingresos por la comercialización de narcóticos, las FARC a partir de la década de los ochenta lograron una absoluta y plena capacidad para superar incólumes la hecatombe general del socialismo y la consiguiente merma de los apoyos internacionales.

Fue en aquellos años, desde mediados de la década de los ochenta, cuando el drama colombiano echaría sus más peligrosas raíces, con la inclusión del narcotráfico como hidra invencible, son los tiempos del cartel de la Cali y el de Medellín y el nacimiento con el coauspicio de este último, de las crueles fuerzas paramilitares. De hecho, la misma tregua del gobierno con la guerrilla había sido el impulso mayor para el crecimiento de los grupos paramilitares, los cuales, como reacción de los terratenientes y finqueros al abandono del gobierno que veían “prefería negociar con los insurgentes”, unido a los afanes de los narcotraficantes para defender sus negocios ilícitos, se multiplicaron por los territorios donde había proliferado la extorsión y el secuestro por parte de la guerrilla. Volviendo entre todos, guerrilleros, narcotraficantes y paramilitares al drama colombiano, además de más violento y sangriento, complejo y difícil de manejar. Es explicable, entonces que en esta convulsión generalizada el intento de las FARC de crear un brazo político civil la llamada Unión Patriótica, haya terminado en un drama sangriento con decenas de sus cuadros asesinados.

A inicios de los noventa, en 1992, tras el derrumbe de la URSS un grupo de intelectuales de izquierda, con García Márquez a la cabeza, dirigieron una carta a los líderes de las guerrillas colombianas activas en ese momento, insistiéndoles en que había pasado la oportunidad de una toma del poder por la vía armada y pidiéndoles consideren retomar la vía política. Se adelantaron veinte años al desenlace que estamos viendo ahora. Las guerrillas todas, el EPL el ELN y las FARC se negaron a aceptar la propuesta.

Los noventa fueron los años más dramáticos para Colombia, a la guerra contra los carteles de la droga, se unió la develación del financiamiento por parte del Cartel de Medellín a la candidatura presidencial del señor Ernesto Samper Pizano, actual secretario de UNASUR, lo cual erosionó totalmente la gobernabilidad de su mandato, mientras se agravó la debilidad del Estado colombiano. En realidad los factores que hemos anotado como causantes de la eclosión violenta en Colombia se agravaron con Samper. La guerrilla de las FARC, que se negó a cualquier negociación con su gobierno creció como nunca antes y no solo pasó a la ofensiva, sino que al adoptar una estrategia de ataques múltiples utilizando grandes agrupaciones de hombres contra posiciones estratégicas específicas volvieron a partir de 1997 al Ejército colombiano esclavo del territorio, al pretender este proteger la infraestructura del país en todas partes. En estas condiciones fueron las crueles fuerzas paramilitares, las que se transformaron en el contén sangriento de la guerrilla. Con su método, de quitar el agua al pez, atacaron las veredas campesinas que respaldaban a la guerrilla, asesinaron y masacraron a sus habitantes.

Mientras todo esto se daba, avanzaron los nexos de las FARC con el narcotráfico –aunque ellos lo niegan aún hasta ahora- comenzaron a participar de la elaboración de cocaína, a través de laboratorios controlados por ellos e incluso establecieron contactos internacionales con las mafias para empujar la comercialización. En todo caso era la droga la que alimentaba el esfuerzo militar tanto de las FARC como de los paramilitares. Mientras el ELN se mantenía de la extorsión, el secuestro y los negocios ilegales.

El desastroso gobierno de Samper terminó en 1998 y dejó tanto a un ejército colombiano a la defensiva y una crisis económica que en 1999 amenazó con superar en gravedad a la crisis que llevó a la salida de Mahuad en el Ecuador y a un Estado que, sin ninguna trascendencia en enormes segmentos del territorio colombiano, estaba al punto de convertirse en Estado Fallido. El pueblo colombiano, ante tanta derrota, consciente de la terrible violencia desatada, de los secuestros, las vacunas y del bloqueo permanente de vías en todo el país, por parte de los grupos en armas y los terribles paramilitares, más las acciones delictivas de los nuevos minicarteles de la droga que comenzaron a actuar, imploró se iniciara una negociación de paz con las FARC y con el ELN y con ello condicionó al siguiente gobierno.

Andrés Pastrana el siguiente presidente, configuró su difícil agenda a partir de esos condicionantes: inició una negociación de paz con las FARC y el ELN, que finalmente fracasó por la falta de decisión de estos movimientos en adoptar un compromiso de paz y el intento clarísimo de las FARC, como lo hiciera en los ochenta, de aprovechar las negociaciones de paz y la zona de

despeje militar del Caguán para fortalecerse; por otra parte Pastrana asumió la recuperación de las fuerzas armadas y de la iniciativa militar.

Fueron los años del Plan Colombia y la participación de los Estados Unidos en ese proceso, que conllevó reducir las áreas de producción de hoja de coca y armar al ejército colombiano que pasaría con los años, ya en días de Alvaro Uribe de tener 200 mil a 450 mil hombres y a gastar hasta el 6% del Producto Interno en el sostenimiento militar. Mientras el costo general de esta violencia para Colombia ascendía al 8% anual del PIB cada año, tomando en cuenta los daños y el atraso económico que además provocaba.

Siendo la agenda de seguridad la causa fundamental para ser electo, con Uribe el Ejército recuperó la iniciativa crecientemente. Uribe diseñó lo que llamó Política de Seguridad Democrática, primera agenda política de seguridad integral que tendría el país en toda su historia. Además de recuperar totalmente la iniciativa militar, negoció la salida de los paramilitares del conflicto, mediante la aplicación de una entrega de armas coordinada con una justicia transicional denominada Ley de Justicia y Paz, que, fuertemente criticada en su momento, estableció penas máximas de cárcel de 5 a 8 años; e hizo, por otra parte, desandar a la guerrilla a su situación anterior a 1990, le restó el control de los pasos estratégicos en la cordillera y con la inclusión del mutable político también disidente del liberalismo, Juan Manuel Santos, como ministro de defensa, trazó un sistema de operaciones con un elevado uso de inteligencia y poder masivo concentrado en puntos operativos específicos, entre 2007 y 2009 eliminó a

los principales mandos guerrilleros, incluyendo Reyes, en la Amazonía del Ecuador y Marulanda y el Negro Jojoy.

La gestión de Uribe, en siete años debilitó a las guerrillas hasta el punto de que estas, cuando Uribe acabó el gobierno, consideraron de que era virtualmente imposible una toma del poder por la vía armada. De esto adquirió conciencia, según ha quedado documentado, Alfonso Cano, el inteligente comandante superviviente que gobernaba a las FARC y que en 2010 trazó un plan doble, tornar a la estructura de las FARC en una más propia de una guerrilla, capaz de defenderse, mientras abría la posibilidad de una negociación de paz con el gobierno. Hugo Chávez, que respaldó moral y territorialmente a las FARC, tuvo que ver mucho en la opción de paz.

El ascenso de Juan Manuel Santos, quien en muchas oportunidades antes de ser ministro de Uribe había hablado de dar una oportunidad a una negociación de paz, abrió esta posibilidad, consciente también de que si bien la guerrilla de las FARC no podría triunfar militarmente, tampoco el ejército podría derrotarla, según dijo el mismo ni en 15 o 20 años.

Las negociaciones se hicieron y más allá de la debilidad en los puntos acordados en La Habana, penas polémicas por lo laxo de no establecer cárcel, sino solo restricción a la libertad, de concederles grandes ventajas políticas de entrada a los mandos políticos de la guerrilla, que en mucho constituyeron el alma que llevó al NO y a la renegociación que hoy se procura; este acuerdo tiene una base negociada importante, de la cual no se puede prescindir, opóngase o no se oponga el Señor Álvaro Uribe, pues lleva a comenzar a revertir, con medidas concretas lo que hemos anotado aquí,

como las causas históricas del conflicto: Documento tras documento en las 298 páginas de los Acuerdos de La Habana se afronta: la terrible inequidad en la propiedad de la tierra; el carácter excluyente del sistema político colombiano; el problema del narcotráfico como recurso para la violencia; la ausencia del Estado en el territorio, ahora mismo el Estado está ausente para 15 millones de colombianos, la tercera parte del país.

Pero esto es solo el principio, con una firma en un papel que pacifique al ELN, cuya negociación a realizarse en Quito está aún pendiente; con otra que pacifique a las FARC se gana algo, pero no es todo, es el camino correcto pero para llegar a la meta falta mucho. El camino para la paz en Colombia pasa por desarmar todas y cada una de las causas que han originado la terrible violencia de 200 años. Y entre ellas insistimos el superar la ausencia del Estado en el territorio, el telón de fondo del conflicto, no solo con los grupos armados de naturaleza política, sino también con las bandas criminales, que, surgidas del desarme fallido de importantes segmentos de los viejos paramilitares, amenazan con ocupar el territorio que la guerrilla deje.

No es fácil lograr la paz completa en Colombia, pero puede lograrse y se logrará no solo cuando hayan desaparecido estas las causas objetivas, sino cuando con ellas haya desaparecido la cultura de violencia que gobierna el país.